

BARCELONA CAE

VALENTÍ PUIG

BARCELONA

CAE

PRE-TEXTOS CONTEMPORÁNEA

La traducción de esta obra ha contado con una subvención del Instituto Ramon Llull



Impreso en papel FSC® proveniente de bosques bien gestionados y otras fuentes controladas

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Primera edición: septiembre de 2014

Diseño de la colección: Andrés Trapiello y Alfonso Meléndez

Imagen de la cubierta: © Quico Rivas, *Fotografía de la Entrada: Dècor del Archiu F.X. donde se reproduce la checa psicotécnica del SIM instalada en el Convento de la calle Vallmajor de Barcelona, Badajoz, 2003*

© Valentí Puig, 2012

© publicado originalmente en catalán por Editorial Proa, Barcelona, 2012

© de la presente edición:

PRE-TEXTOS, 2014

Luis Santángel, 10

46005 Valencia

www-pre-textos.com

IMPRESO EN ESPAÑA/PRINTED IN SPAIN

ISBN: 978-84-15894-53-7 • DEPÓSITO LEGAL: V-1816-2014

ADVANTIA, S.A. TEL. 91 471 71 00

Una vez más, hablaban del atentado contra Negrín. Estaban en los billares Pequeño, de la calle Hospital. El secuestro de Negrín, presidente del gobierno de la República, era como una fábula. Cada versión del proyecto lo hacía más inverosímil, más intrépido, más definitivo. La opción, según un informante comunista y reciente quintacolumnista, era aprovechar una noche en que Negrín cenase en un reservado del restaurante Glaciar, en la Plaza Real. A Víctor, el proyecto del Glaciar le hacía gracia y a la vez lo incomodaba porque era el restaurante favorito de su padre para celebrar las efemérides familiares. Se imaginaba a Negrín con un disparo en la nuca, la cara aplastada contra el plato de lenguado a la *meunière*, y como si viese a su padre.

Los habituales de los billares Pequeño eran la espuma oscura de la Barcelona de la guerra civil, un atajo de entre las tribus más enfrentadas que dejaban las armas en el paraguero en nombre del botín, cabecillas del día y la noche amorales, nómadas sin bien ni mal, dispuestos a hacer apuestas entre las víboras y las iguanas, supervivientes de escama irrompible, que salen del gran charco de la vida con sangre nueva, cómplices de la muerte. La guerra y la revolución extenuaban Barcelona y, desde hacía ya meses, Víctor era un buen habitual de los billares. La confusión general lo fortalecía, le resultaba amena. Le parecía acertado estar vivo a fin de lograr los veintiún puntos en la mesa de *black jack*.

En conjunto, la naturaleza pervivía, más fuerte que la civilización maltrecha, equiparable a la pezuña de la bestia apocalíptica, al fénix de las tinieblas, anónima y casi sin expresión individual, del mismo modo que era impracticable la adjudicación de altares o la proclamación de una ley cualquiera, el estado de naturaleza puro y directo, zoológicamente prolijo, obscuro como una exposición genital.

Cabales dominaba la conversación, un caso de quintacolumnista que operaba como agente doble en el Servicio de Información Militar aunque sus orígenes eran el reverso de Víctor, primero infiltrado por el SIM en la quinta columna y luego convertido en quintacolumnista que traicionaba al SIM. Cabales vivía inspirado por la inquina de los troskistas contra Stalin. Había conseguido una segunda identidad después de la lucha por las calles de Barcelona de comunistas contra troskistas y anarquistas, mientras que Víctor se había hecho quintacolumnista infiltrado, en primer lugar, para no ir al frente y para proteger a sus padres como pudiera. Cabales odiaba a Stalin más que Franco o, como decía en alguna digresión opaca, dejaba la lucha contra Franco para una etapa posterior. Era un especialista en el mercado negro de los medicamentos, y no dejaba de tasar y cobrar en especies cada beneficio de sus trueques. En la Barcelona de finales de 1938 únicamente veía comunistas, incluso más de los muchos que circulaban. Tenía en mente la idea de atentar contra el consulado soviético. Contaba los días que podían faltar para que las tropas nacionales entrasen en Cataluña y acabasen con el poder comunista que había ido sustituyendo al desorden anarquista. Por su cuenta, salía algunas noches a la calle, seguía los pasos de un jerarca comunista que regresaba del placer o la dialéctica, le mataba de un disparo en la nuca y le dejaba tras un portal, seguro ya de que había dejado de respirar. Tenía una inteligencia fría y fanática.

Se veían en los billares Pequeño todos los días, a media mañana, que a veces era mediodía. Las mesas de juego nunca paraban. Donde tanto reinaba el azar, los más habituales eran fatalistas. El latido de la guerra se iba apagando.

Muchos eran quintacolumnistas. Una red acaparaba plata y calderilla. Otros hacían proselitismo, divulgaban la derrota de la República, inventaban falsas noticias que más de una vez acababan por ser verdad. Pasaban gente al otro lado, por los atajos del frente o por la frontera con Francia. En las colas de las tiendas vacías de víveres hacían correr la voz de que en la zona nacional se comía –como decía Radio Nacional, cada vez más escuchada, informando sobre los menús de alguna fonda de Burgos o Pamplona– y en la zona republicana, no. Robaban planos. Muchos, fieras tímidas y temerosas de entrada, indecisas a la hora de despellejar a dentelladas el cuerpo del enemigo vencido, ya eran depredadores de primera magnitud. Emitían desde emisoras clandestinas: un habitual de los billares vivía en el hotel Oriente y transmitía propaganda nacional desde la azotea del hotel, con toda desenvoltura.

Según se decía, un grupo muy hermético de la quinta columna estaba vigilando todos los trayectos de Negrín por la ciudad, desde la sede de la Presidencia del Gobierno, en la esquina del Paseo de Gracia y la calle Mallorca. Negrín se desplazaba con un gran dispositivo de seguridad.

El comunista lo repetía con una sonrisa de imbécil natural. Llevaba un abrigo deshilachado, con cuello de visón. Era como el uniforme de una ciudad en la inmediata posguerra, cuando hay que trajinar entre los escombros con un cochecillo de bebé repleto de residuos totalmente inútiles. Resguardado por el colectivismo igualitario del Sindicato de Espectáculos, malvivía como actor de variedades, con el mismo sueldo que las taquilleras aunque –según decía– tenía

formación de teatro clásico y había actuado en *Terra baixa* antes de la guerra. Pero de hecho subsistía como vendedor de cocaína y su mejor cliente también era un asiduo de los billares Pequeño, un pelotari del frontón Txiqui-Alai.

Otra versión del atentado contra Negrín consistía en aprovechar una noche que fuese al restaurante Velódromo, en la calle Muntaner, cerca de la Diagonal, con una muy buena amiga. La quinta columna había empezado a odiar a Azaña más que nadie, pero en aquel invierno de 1938 Negrín encarnaba todo mal, la deyección, la muerte de España. Por lo que Víctor sabía y callaba, un ex militar monárquico, que hipotéticamente trabajaba para los Servicios de Información del Nordeste, pretendía ser el alma del proyecto. Era una especulación habitual en los billares, pero los detalles nunca encajaban. Las Juventudes Libertarias también reclamaban la idea inicial.

–Destruirlo todo –dijo Cabales–. Que nada necesite o tenga fundamento.

Un chasquido de bolas imponía las simetrías raras del billar en la parte trasera del local. El sentido de las carambolas, una vez más, parecía justificar los acontecimientos de la noche anterior y predeterminar las cosas para la tarde que se iniciaba.

La noche anterior había sido más que nunca como un *crescendo*, un ir y venir de patrullas funestas. Cuando los barrios estaban más tranquilos, llegaba el estrépito de cristales y el ajetreo de los ladrones, de uniforme o de paisano, que cogían lo que podían en el saqueo. A menudo iban en camiones, eran soldados que habían abandonado el frente, sindicalistas que buscaban una prenda por su sacrificio revolucionario, ladrones de toda la vida que tenían que alimentar una familia.

Víctor patrullaba con otro agente del SIM, un policía de oficio paradójicamente dispuesto a mantener el orden y a la

vez administrar justicia. Llevaba una gorra a lo Durruti. En un descampado junto a la Monumental, los haces de luz del coche iluminaron una escena macabra. Había un montón de cadáveres, unos veinte, y parecían recientes. Quizás eran quintacolumnistas detenidos en la última redada, sorprendidos escuchando por la radio el “parte” de los nacionales, o familias ejecutadas en virtud de una delación falsa, por completo. En torno a los cadáveres, una docena de mujeres como en un aquelarre desnudaban los cadáveres para quedarse la ropa. Cuando Víctor y el policía del SMI bajaron del coche, ninguna de las mujeres dejó de agarrar toda la ropa que pudo. Entre dos, sujetaban el cadáver de una mujer espatarrada y descalza, y le quitaban las medias y liguetos. Sin ninguna prisa, sin el menor caso a la autoridad, las mujeres consumieron el expolio y desaparecieron en la oscuridad de la noche, dejando tras de sí un túmulo de cadáveres desnudos. Entre los muertos, tan sólo una pareja de niños quedaron vestidos, dándose la mano, como seguramente habían afrontado la ejecución nocturna. Sería una de las noches más largas antes de la caída de Barcelona. No cesaba el tiroteo desde los terrados. De repente, cruzó la ciudad un convoy de camiones fantasmales que se llevaban a jóvenes y viejos al frente, sin armas ni uniformes, cantando de forma desafinada, una y otra vez, las primeras estrofas de *La Internacional*.

Víctor procuraba llevarse bien con los otros agentes del SIM, aunque entre ellos la sospecha y la delación fuesen más constantes que en la calle. Con el frente de guerra colapsado, los agentes del SIM todavía leales creían ser los últimos centuriones, los hombres justos de última hora, el único contrafuerte del orden republicano. Otros circulaban como insomnes, buscaban putas, decomisaban cualquier cosa, la revendían o intercambiaban. Un grupo se había procurado

una especie de palacio del placer en una villa del Putxet con piscina. Por el SIM se contaban leyendas sobre el prostíbulo pero ninguno reconocía haber estado. Entretanto, cada mañana aparecían cadáveres en las acequias, entre un pedazo de tierra con zarzas y gatos perdidos, al final de una línea de tranvía.

Subieron a un piso que había sido denunciado. Las faldas, la palidez, la voz acostumbrada al susurro, todos los indicios hacían pensar en un grupo de monjas, refugiadas en el piso de algún familiar, posiblemente el anciano que llevaba una especie de zamarra de cazador y temblaba como un niño. Los había denunciado un nieto del anciano. Los milicianos hicieron el registro con gran estrépito. Uno de ellos hurgaba en los armarios buscando un doble fondo, los dispositivos secretos en las carboneras. Lograron abrir la caja fuerte. Cayó un cáliz al suelo. Había carpetas de documentos, cheques, blocs de facturas. Pudieron repartirse unas monedas de oro. Cuando era hora de irse con los detenidos, Víctor sugirió que los dejaran para otra ronda. Los milicianos, con las monedas de oro en el bolsillo, tenían prisa por irse a un antro de placeres. Dejaron tranquilas a las monjas. En la puerta, el viejo estrechó la mano de Víctor y le pasó un sobre de papel de estraza doblado.

Era un relicario de oro y diamantes con un rizo de cabellos rubios, sin fotografía. Cuando llegó a su refugio del pasaje Paladio, Víctor abrió una botella de ron, bajó al sótano. Era un sótano muy amplio que superaba las dimensiones de la casa hasta el límite del pasaje. Con muchos estantes. Desde que había conseguido actuar con cierta impunidad, Víctor almacenaba allí el resultado de largos meses de requisas y expoliación. Clasificó el relicario en la cajonera respectiva y pasó un buen rato mirando sus tesoros, fruto de treinta meses de saqueos en la ciudad que ya era una extraña

simetría de edificios hendidos por las bombas, entre escombros que humeaban.

Y al día siguiente, saliendo de los billares Pequeño, vio a una mujer. La siguió por la calle Hospital, bajando por las Ramblas hasta la calle Fernando. Tenía los pechos aproados y una mirada fanática, insatisfecha y absorbente. Cabellera negra, ojos muy negros, la bata negra, el olor negro del sudor por los flancos interiores de los muslos, pezón eréctil y como una fruta del bosque, de fiebre y entrega desencadenadas entre grandes sentimientos de culpa. La siguió de lejos, al sesgo, para ver cómo se le movían suavemente los flancos carnosos. Ella caminaba altiva, sin distraerse, más indiferente que abstraída. Le caía un rizo sobre la cara que, con gesto maquinal, replegaba hacia la modulación sensual de un moño que parecía tensar como una red inconsútil el cuello tan mórbido. La bata era ligera, a pesar del frío, y bajo las axilas le aparecían dos grandes manchas de sudor hasta casi la cintura, con un perfil blanquecino y salado. Bajo la bata, en pleno invierno, la grupa le retemblaba como un movimiento de ofrenda pagana.

La mujer de negro se detuvo frente a un escaparate de la calle Fernando, medio vacío. Víctor se aproximó. Se vieron reflejados en el cristal del escaparate de máquinas fotográficas. Él pensó si no sería una mujer que iba buscando dinero fuese como fuese, pero cuando sus miradas se cruzaron, pudo sentir que ella estaba más allá de una necesidad y aquello parecía con toda naturalidad fruto de un encuentro por azar en medio de la guerra.

Víctor hizo un gesto de invitación y deferencia con la mano y por el cristal del escaparate vio cómo ella aceptaba asintiendo con la cabeza. Caminaron uno al lado del otro, hasta el Studebaker de Víctor, aparcado sobre la acera de la esquina de Hospital. Víctor condujo hacia la Barceloneta. A lo lejos retronaban cañonazos mortecinos.